

La reunión estuvo consagrada, como de costumbre, a hacer olvidar la época en que el partido fué un instrumento al servicio de la clase obrera para congraciarse con los nuevos amos. En donde antes decían: clase contra clase, ahora dicen: la unidad por encima de todo; en donde ponían: la religión es el opio del pueblo, ahora exhiben un retrato del papa, "amigo de la democracia"; en donde se hablaba de lucha contra el imperialismo, ahora se habla de apoyo a la "democracia" yanqui (¡Nuestra buena sangre nos cuesta!) contra el fascismo; en donde se hablaba de social-traidores (Lombardo, por ejemplo) ahora se habla del "camarada" socialista. En donde antes ponían vergüenza y dignidad revolucionarias, ahora han puesto la complacencia laboriosa que les enseñan los jesuitas de siempre y los neo-jesuitas de la G.P.U.

Duelo Stalinista

Pío XI, el amigo de "la democracia" ha muerto y con él ha perdido el stalinismo a uno de sus líderes mundiales.

En uno de sus primeros escritos ("Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel" —publicada en español por la editorial mexicana "Dialéctica", bajo el título de "Filosofía de la Revolución") dijo Marx que "la religión es el opio del pueblo", la droga bajo cuya influencia enervante imagina el pueblo transformada su miseria real en una fantasmagórica opulencia, la droga por cuya virtud proyecta el pueblo hacia una vida superior imaginaria, los deseos de felicidad que no podrá ver cumplidos en el mundo que le depara el régimen capitalista.

Sobre ese tema bordaron los más valiosos líderes del pensamiento revolucionario de nuestro tiempo, una vasta literatura. En ella encontramos lo mismo observaciones de carácter filosófico que verdades de índole combativa inmediata y directa. Desde el análisis científico hasta el planfleteo, desde la aplicación rigurosa del materialismo dialéctico a los dogmas y leyendas de las religiones, hasta el cartel y la caricatura sangrienta contra la suntuosa hipocresía ensotana. Todos recordamos en México las campañas de "La Sotana", el excelente periódico anti-religioso del Prof. Enrique Beltrán, allá por los duros años de la crisis del 29, cuando se andaba a salto de mata.

La iglesia católica de Pío XI acababa de dirigir entonces contra México su encíclica "Inquis Afflictisque" (18 nov. 1926) en la que el papa se quejaba del tratamiento inflingido a su iglesia por el gobierno de este país. Lanzaba en ella "un grito de alarma para que el mundo católico entero sepa, por boca del padre común, por una parte, hacia qué fines ha sido desatada la tiranía irrefrenable de nuestros enemigos y por la otra, cuanta ha sido la virtud, la constancia heroica de los obispos, sacerdotes, órdenes religiosas y legos". (Se trataba de la virtud y de la heroica constancia que prepararon los levantamientos "cristeros" de entonces).

Insistió más tarde el papa sobre el mismo tema, en su encíclica "Misericordissimus Redemptor" (8 de mayo de 1928), contra México y la "atea Unión Soviética", hablando de países en los que "todos los derechos, divinos o humanos han sido destruidos... sacerdotes y monjes son lanzados de su domicilio, expuestos a insultos... etc." El movimiento "cristero" estaba en su última fase.

La opinión oficial del pasado respecto del comunismo consta, sin embargo, en la encíclica "Divini Redemptoris" (18 de marzo de 1937). Con ella responde Pío XI a la pérfida táctica de traiciones de Dimitroff-Stalin corolario natural de su política de "cargada", y da de pasada un puntapié a la mano tendida de Thorez y compañía. El comunismo "despoja al hombre de su libertad, roba a la personalidad humana toda su dignidad y quita todas las restricciones morales que reprimen las erupciones del ciego impulso". A los pobres, el papa ofrece —en cambio— la oportunidad de ser felices y de salvarse para la eternidad "conservándose siempre pobres de espíritu, y teniendo los bienes espirituales en mayor estima que las propiedades y placeres de la tierra...!"

Nada, sin embargo, es capaz de hacer retroceder al stalinismo en su camino de claudicaciones. A los puntapiés del papa, contesta tendiendo inútilmente la mano, en busca de una limosna de "unidad". Se arrastra ante el Vaticano, del mismo modo que se arrastra en el umbral de todas las puertas de la burguesía, del mismo modo que pidió la "unidad" con Hitler, recién llegado éste al poder. Pero sus actos de contrición parece que llevan en la frente una marca lacayuna —salivazo de la historia— que los obliga a entrar en casa de los nuevos amos por la